



Formación Permanente del Clero Diocesano de Ecatepec

54. LA “EXPIACIÓN DEFINITIVA” DE LA VÍCTIMA RESUCITADA

JUNTA DE PRESBITERIO

16 de noviembre de 2017

Objetivo

Descubrir y valorar la muerte de Jesús como el sacrificio «expiatorio» definitivo que Dios ofrece al hombre para liberarlo.

Iluminación Doctrinal

Como ya vimos al analizar el concepto de expiación en el Antiguo Testamento, el que realiza la acción expiatoria no son los hombres, sino Dios y lo que se expía es el pecado humano que provoca la muerte por sus manifestaciones opresoras y violentas, por lo que nunca se entiende la expiación como satisfacción para recibir bendiciones como lo entienden las religiones estructuradas por el «esquema de la ley».

La praxis de Jesús de Nazaret se enfocó precisamente a desenmascarar esta terrible falsedad y a manifestar que Dios no justifica ningún acto de violencia opresora que se ejerza en su nombre, ya sea desde la religión o desde cualquier otra institución.

Esto lo realizó principalmente al proclamar la misericordia y el perdón como actos gratuitos de Dios y que, desde esta experiencia, la venganza y el resentimiento deben ser superados para vivir en la gratuidad y el amor... también a los enemigos. Esta praxis radical sólo puede sostenerse desde la experiencia de que Dios ha sido el primero que ha actuado así con nosotros.

Así, la praxis de Jesús destruyó y eliminó el fundamento del «esquema de la ley» y en este sentido, su praxis fue verdaderamente un conjunto de acciones expiatorias que borran y eliminaban, es decir, que liberaban del pecado fundamental de la humanidad.

En este sentido, la muerte de Jesús será interpretada como el sacrificio «expiatorio» definitivo que Dios ha ofrecido al hombre para liberarlo de su deseo violento al necesitar justificar su vida ante la inminencia de la muerte.

Esto es así precisamente porque el sacrificio expiatorio de Jesucristo y su sacerdocio poseen la particularidad, remarcada por Hebreos, de que la expiación realizada por ese sacrificio es definitiva (Hb 9,11-12).

La expiación del sacrificio de Cristo es definitiva porque no ha borrado sólo algunos pecados, sino que ha eliminado el pecado fundamental de la humanidad que es el «esquema de la ley». El perdón de los pecados es una consecuencia de esta expiación definitiva, ya que en la Víctima resucitada Dios ha mostrado que no quiere llevar cuenta de nuestros delitos, sino que realiza la reconciliación irrevocable de la humanidad consigo y que es en la entrega del Hijo donde el Padre lo consagra como el sumo sacerdote de los bienes realizados, esto es, de la redención eterna ya realizada en el sacrificio de Cristo.

Textos para la reflexión

«Pues no penetró Cristo en un santuario hecho por mano de hombre, en una reproducción del verdadero, sino en el mismo cielo, para presentarse ahora ante el acatamiento de Dios a favor nuestro, y no para ofrecerse a sí mismo repetidas veces al modo como el Sumo Sacerdote entra cada año en el santuario con sangre ajena. Para ello habría tenido que sufrir muchas veces desde la creación del mundo. Sino que se ha manifestado ahora una sola vez, en la plenitud de los tiempos, para la destrucción del pecado mediante el sacrificio de sí mismo» (Hb 9,24-26).

«Yo soy Caridad y este infinito foco de amor es mi Ser, con el cual SOMOS las tres divinas Personas en su generación eterna, comunicándonos mutuamente y desde toda la eternidad, todas las perfecciones que producimos eternamente. Con esto el Verbo, esta Persona divina, tiene y contiene en sí, el mismo amor activo de caridad que yo y que el Espíritu Santo, lazo que nos une en una eterna felicidad y que tú no comprendes... Pero en cuanto a este amor activo, unido al SACRIFICIO DE EXPIACIÓN (que esto quiere decir sacrificio), sólo lo tuvo el Verbo en su naturaleza humana; sólo él abrazó el dolor y lo santificó con el fin altísimo de dar gloria a la divinidad, arrancando gracias para el hombre» (*«Cruz de Jesús»* CC12,299-304, JUAN GUTIÉRREZ, Tomo IV, texto 1202).

Pistas para la reflexión grupal

1. ¿Mi propuesta pastoral transparenta la gratuidad de la salvación y libera del esquema de la ley, «do ut des»?
2. ¿Mi modo de vida y mi praxis pastoral son medios que generan la paz y erradican la violencia?
3. ¿Nuestro trabajo de evangelización da frutos de personas libres y comprometidas con la realidad?

Compromiso para la vida

- ❖ Lograr a través de gestos concretos que mi vida sea disponibilidad y gratuidad para los demás.
- ❖ Buscar medios para que los cristianos vivan con libertad y madurez el gozo de trabajar por la causa del Evangelio.

Celebrar

ALGUIEN ME QUIERE INCONDICIONALMENTE

Dios es amor. Y su amor se ha hecho palpable en que envió al mundo a su Hijo único por mí, para que me diera vida.

El amor no existe porque yo amara a Dios o a cualquier persona, sino porque Él me amó a mí y envió a su Hijo a que pagara por mis pecados.

Y tengo una prueba de que Él está conmigo, y es que me ha hecho participante de su Espíritu.

En el amor, no hay temor; al contrario, el amor pleno echa fuera el temor. Por lo tanto, si todavía siento temor, es que aún no he aceptado el amor que Dios me da (Cf. 1Jn 4,8-18).

¿Se puede decir más? ¿Se puede pedir más? Si Dios está a mi favor, ¿quién podrá estar contra mí?

Aquel que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por mí, ¿es posible que con Él no me lo dé todo?

Y hablando de acusaciones y condenas, ¿quién será mi fiscal? Dios, el mismo que me perdona todo por su Hijo.

Y ¿a quién tocará condenarme?, ¿al mismo que murió y resucitó por mí?, ¿a Jesús, el Mesías, que intercede a todas horas por mí?

¿Habrá, pues, algo o alguien capaz de quitarme ese amor que Jesús y Dios me tienen?

Estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni las dominaciones, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes, ni las alturas, ni los abismos, nada, ni nadie podrá privarme del amor que Dios me tiene, amor que se me hace presente y se me da en Jesús, el Mesías, mi Señor (de Rm 8,31-39).

Porque incluso cuando he pecado y me he alejado, Él, mi Padre, sale cada mañana al balcón y otea el horizonte.

Y apenas me ve confusamente a lo lejos, me reconoce, sale corriendo a mi busca, se me echa al cuello y me cubre de besos (de Le 15,20).

Dios mío, tú eres mi padre. En este momento siento bienestar y seguridad; y descanso en ti.

Jesús, tú eres mi hermano querido. En este momento siento paz; y descanso en ti.

Me nace un amor muy grande hacia el Padre, hacia ti.

Estoy animoso para ser más, valer más, hacer más bien. Me gustaría hacer muchísimo bien.

Me gustaría dar mi vida. Te lo aseguro Jesús: de verdad que me gustaría.